

Abrir las ciencias sociales

Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales

Immanuel Wallerstein (coord)

Siglo XXI Editores, México, 1996, 114 pág

Por: Olver Quijano Valencia
Profesor Titular Universidad del Cauca Colombia
oquijano@unicauca.edu.co



Uno de los atributos medulares del libro *Abrir las ciencias sociales* reside en su carácter altamente provocador, en tanto no solo inscribe la genealogía de la ciencia social en el contexto del mundo moderno, sino que deja entrever su impronta colonial/imperial, y con ello, devela el espíritu y direccionalidad que le asiste como factor constitutivo de proyectos y procesos (neo)coloniales de organización, control y disciplinamiento de la vida socio-económica y político-cultural. El documento es producto del trabajo de la comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales creada en el año de 1993, presidida por Immanuel Wallerstein y bajo la colaboración de reconocidos estudiosos tanto de las ciencias sociales como de las ciencias naturales y humanas, quienes realizan una reflexión interdisciplinaria de gran valor sobre el presente-futuro de tales ciencias, de cara a las mutaciones científicas contemporáneas y las tensiones que registra el pretendido universalismo científico y el cada vez más intenso diálogo inter-multicultural y la emergencia de saberes de enorme singularidad.

El informe de la comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales se desarrolla bajo el análisis de los siguientes tópicos: 1).- la construcción de las ciencias sociales desde el siglo XVIII hasta 1945, 2).- los debates en las ciencias sociales desde 1945 hasta el presente, 3).- ¿qué tipo de ciencia social debemos construir ahora?, y 4).- conclusión: la reestructuración de las ciencias sociales; aspectos desde donde no solo se aprecia claramente la edificación histórica de luchas epistémicas y disciplinarias sino igualmente de batallas por el control del conocimiento sobre la naturaleza y el mundo socio-cultural. Sobre el tópico uno, son centrales planteamientos acerca de cómo la ciencia social en tanto empresa del mundo moderno cuyas raíces se remontan a los intentos que desde el siglo XVI,

busca desarrollar conocimiento secular y sistemático sobre la realidad, claro está con anclaje en la validación empírica. Esta premisa es adoptada y sacralizada como científica y por tanto como conocimiento cierto, versión que se hace triunfante en el siglo XIX en tanto ciencia natural en evidente oposición a la filosofía. En tal sentido, la visión clásica de la ciencia al tener su sustrato en el modelo newtoniano reconoce la simetría entre el pasado y el futuro, postulado teológico según el cual “al igual que dios, podemos alcanzar certezas, y por lo tanto no necesitamos distinguir entre pasado y futuro puesto que todo coexiste en un presente eterno”(p.4). Esta premisa es acompañada del planteo cartesiano que supone la diferenciación dicotómica entre naturaleza/humano, materia/mente y mundo físico/mundo social-espiritual, bases sobre las que se edifica la división de los modos de conocer y se construye la ciencia en tanto “búsqueda de leyes naturales universales que se mantenían en todo tiempo y espacio” (p.5).

Así se instala la lucha epistemológica por lo que podría concebirse como conocimiento legítimo y por tanto científico, tensión que es acompañada con la disciplinarización y profesionalización cognoscitiva con sus consecuentes y herméticas estructuras institucionales y su promesa por ser intelectualmente productivas. Las disciplinas se expanden y en su intento por constituirse como campos autónomos se agrupan en tres perspectivas a saber: la matemática y las ciencias naturales experimentales –física, química, biología-, las humanidades –artes y letras- que agrupan a la filosofía y las prácticas artísticas formales -literatura, pintura, escultura, musicología- e historia del arte, y en medio de estas dos agrupaciones se ubican los científicos sociales. Esta clasificación y su ulterior desarrollo disciplinario con asiento en el sistema moderno e “ilustrado” cuya locación se instala en Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia y Estados Unidos, se inserta en los procesos expansivos de las “altas civilizaciones” en el mundo extraoccidental, haciendo de las ciencias sociales un elemento constitutivo de los marcos de organización política definidos por el Estado-nación y por tanto una derivación estadocéntrica de gran valor a la hora de crear una plataforma de observación científica sobre el mundo social que quería gobernar.

Esta historia “exitosa” de las disciplinas sumada a la institucionalización de la enseñanza y de la investigación, registra en los bordes de la segunda guerra mundial

procesos que afectan de manera contundente la estructura de ciencias sociales y las prácticas de sus científicos. No obstante, la pregunta vigente hasta hoy continúa girando alrededor del éxito o el fracaso de las estructuras disciplinarias, así como si éstas han ya dejado de ser patrimonio de la ciencia social contemporánea.

Respecto a los debates en las ciencias sociales desde 1945 hasta el presente, el informe señala al cambio en la estructura política del mundo -Estados Unidos como actor hegemónico y el establecimiento de la guerra fría-, la expansión de la población y de su capacidad productiva, y la expansión geográfica y cuantitativa del sistema universitario, como los procesos que afectaron las ciencias sociales, en tanto se redefinen los problemas más urgentes a enfrentar y los modos para enfrentarlos, se presentan intrusiones múltiples y recíprocas de los estudiosos, se cuestionan muchos de los supuestos de tales ciencias tanto por la autoafirmación de pueblos no europeos como por el fin del dominio político y cognoscitivo de occidente ante el ingreso de nuevas y otras voces en la esfera política y científica. Tales procesos suscitan consecuencias importantes como la validez de las distinciones entre las ciencias sociales, el parroquianismo del patrimonio científico heredado y la utilidad y realidad de la distinción entre las “dos culturas”. En especial, puede resaltarse el cuestionamiento de las tres líneas divisorias por las cuales se estructuraron las ciencias sociales, léase la línea de estudio entre el mundo moderno/civilizado y el mundo no moderno, la línea entre el pasado y el presente, y en el marco de las ciencias sociales, el acento en las líneas que establecen el estudio del Estado (ciencia política), el mercado (economía) y la sociedad (sociología), en tanto esferas separadas y autónomas. Tales líneas y fronteras son fuertemente cuestionadas con posterioridad a la segunda guerra mundial, llegando a pensar y sentir su desvanecimiento o en su defecto su alta porosidad, lo que pone en entredicho las estructuras y prácticas disciplinarias.

Ciertamente, el cuestionamiento en torno a la coherencia y legitimidad de las disciplinas y de sus postulados intelectuales, se acrecenta en tanto se verifica y discute el carácter eurocentrico del conocimiento y de las ciencias sociales, y con él, su falsa pretensión de universalidad y la confirmación de su parroquianismo, su racismo epistémico y su autoritarismo, lo que sin duda y al lado de la incursión de voces disidentes y de otras voces, indica cómo la experiencia social en las diversas

geografías y espacios existenciales, es más compleja y rica que la considerada por la tradición científica eurocéntrica.

Desde esta perspectiva, el informe reclama la necesidad de descolonizar las ciencias humanas y sociales, es decir de transformar las formas y relaciones de poder que dieron pie tanto al disciplinamiento del conocimiento y de la subjetividad, como a las formaciones disciplinares de la institución académica. Desde esta demanda, se reivindica la emergencia de los estudios culturales como espacio para tramitar estudios no eurocéntricos, valorar el análisis histórico local bajo una “nueva actitud hermenéutica” y en general abrir las ciencias sociales bajo prácticas de inclusión y valoración de la diferencia.

En este panorama, el libro se detiene a reflexionar sobre el intento de responder a los interrogante siguientes: ¿cuáles son las implicaciones de los múltiples debates ocurridos desde 1945 dentro de las ciencias sociales para el tipo de ciencia social que debemos construir ahora?, y si, ¿en el siglo XXI será la universidad el principal centro de producción del conocimiento, o será reemplazada por otras estructuras?. Sobre el particular, los autores reconocen la incompatibilidad de las implicaciones intelectuales de tales debates con la estructura organizacional de las ciencias sociales y las estructuras disciplinarias, lo que impiden aperturas, cooperación e interacción de estudiosos de “todos los climas y perspectivas” (p.83). En esta reflexión, se señalan los problemas teórico-metodológicos en la construcción de consensos en torno al conocimiento tales como la relación investigador e investigación en la que se exhorta a derribar las barreras entre la naturaleza y los seres humanos, como a reconocer que “ningún científico puede ser separado de su medio físico y social.., Toda medición modifica la realidad en el intento de registrarla y toda conceptualización se basa en compromisos filosóficos” (p.82). Asimismo, se expresa la necesidad de reinsertar tiempo y espacio como variables constitutivas del análisis e igualmente combatir las separaciones artificiales heredadas del siglo XIX en tanto campos autónomos de lo político, lo social y lo económico. Así y al evidenciar cómo el tipo de racionalidad imperante ya no es apropiada para nuestro tiempo, nuestras singularidades y nuestras urgencias, el informe propugna por la reestructuración de las ciencias sociales a partir de “poner acento en lo complejo, lo temporal y lo

inestable que corresponde hoy a un movimiento transdisciplinario que adquiere cada vez más vigor” (p.85-86).

En estos términos, el informe hace un llamado por una ciencia social más multi-intercultural en respuesta a la multiplicidad de actores y productores del conocimiento como a la pluralidad de epistemes y modos de significar y proporcionar sentido al mundo. De ahí que al poner en tensión el primado del conocimiento occidental y su falso universalismo producto de la conformación colonial del mundo y de su excluyente parroquianismo, para los autores es claro cómo “en lugar de demostrar lo que la ciencia ha perdido al excluir gran parte de la experiencia humana, deberíamos pasar a demostrar lo que gana nuestra comprensión de los procesos sociales cuando incluimos segmentos cada vez mayores de las experiencias históricas del mundo” (p.95-96).

En medio de estas consideraciones, el informe concluye haciendo un llamado a la reestructuración inteligente de las ciencias sociales en consonancia con las mutaciones del mundo contemporáneo y del saber e invitan a una mayor flexibilidad en congruencia con el cuestionamiento de las fronteras disciplinarias y la no existencia de monopolios de sabiduría y zonas de conocimiento reservadas a determinados profesionales. Esta convocatoria al cuestionar insistentemente las disciplinas en tanto prisiones epistemológicas orientadas a disciplinar el conocimiento y la subjetividad, presenta “oportunidades de experimentación creativa” que podrían contribuir a dicha reestructuración.

En síntesis, *Abrir las ciencias sociales* constituye un documento de importancia en tanto manifiesto que expresa la impronta de las ciencias sociales y la necesidad de su reestructuración e indisciplinamiento. No obstante, el informe es una crítica eurocéntrica del eurocentrismo, que en el fondo no escapa a cierta canonización científico-cognoscitiva, en tanto persiste de una parte en el llamamiento al debate “civilizado” y experto como en la búsqueda de un universalismo pluralista y en salidas que privilegian a la universidad como espacio de producción y control de conocimiento, por encima de otros espacios y formaciones cognoscitivas y existenciales que dan cuenta de prácticas intelectuales que aún no hacen transito en las esferas disciplinarias e institucionales.